

Enfoque de género: proposiciones metodológicas

Marta Núñez Sarmiento

Socióloga. Universidad de La Habana.

Las que siguen son ideas elaboradas mientras estudiaba a grupos de obreras, y reflexionaba sobre cómo lo hacía. En estas experiencias incluyo las discusiones que proliferaban durante la marcha de las investigaciones, ante todo aquellas realizadas en equipo. Introduzco, asimismo, las nociones que han surgido cuando he confrontado los resultados de estos análisis con alumnos y alumnas de pregrado y postgrado de diferentes países y especialidades. Otras fuentes importantes para estas propuestas fueron las sesiones de la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana, las discusiones con colegas, y mi participación en seminarios internacionales y nacionales sobre la mujer. Sobre todo, me ha resultado muy estimulante leer sobre las mujeres por las mujeres mismas, ya sean científicas de las ramas sociales, exactas o naturales, de las artes y las letras, periodistas y, por supuesto, las estrictas demógrafas. También me he beneficiado de leer a mujeres de vidas muy intensas y consecuentes (Alejandra

Capítulo del libro inédito *Las mujeres de la carreta*, resultado de una investigación realizada por la autora entre las obreras agrícolas del poblado de Guanímar, en la provincia de La Habana.

Kollontai, Tina Modotti y Haydeé Santamaría, entre muchas).

Admito igualmente que he aprendido de textos de hombres —científicos sociales o no— que han escrito con muchísima sensibilidad, aunque algunos de ellos se han reconocido machistas, y las feministas así lo confirman. Ellos son Ernest Hemingway, Silvio Rodríguez, Gabriel García Márquez, Antoine de Saint-Exupéry, Carlos Marx y Antonio Gramsci.

Las ideas que han resultado de este listado ecléctico de vivencias y lecturas no las enumero de acuerdo con la importancia que tienen en el quehacer metodológico. Quizás al prevenir al lector sobre este desorden, me escudo en el hecho de que son pensamientos aún incompletos. Puede ser que, a la vez, considere cuán pragmático es eso de «lo perfecto es enemigo de lo real».

Las siguientes proposiciones las dirijo a sociólogas y sociólogos por igual; pero uso el genérico masculino cuando menciono a los científicos sociales, a los investigadores y a los sociólogos de uno y otro sexo, porque el castellano así lo instituyó. Presiento, sin embargo, que las investigadoras serán más receptivas,

porque posiblemente hayan vivido ya las experiencias que originaron las propuestas.

Primera proposición

Hay que estudiar lo cotidiano como un elemento clave para entender lo macrosocial. Muchos investigadores empíricos se escudan tras esta verdad de Perogrullo para repetir indefinidamente lo que otros, muchos años atrás, encontraron en la cotidianidad.

Con tal proposición quiero orientar la imaginación sociológica hacia las cosas más olvidadas de lo diario; esto es, atribuir significado sociológico a lo minúsculo, lo íntimo, lo afectivo, lo personal, lo relegado.

He intentado practicar esto cuando, por ejemplo, he observado, entre la obreras de Guanímar, nuevas formas de distribuir las tareas hogareñas durante el Período especial, y las he vinculado a la politización en la cual está inmersa toda la sociedad, y que se ha introducido en la esfera doméstica.¹ Estas formas más participativas de ejecutar los quehaceres de la casa manifiestan las nuevas maneras con que las mujeres con doble jornada —como estas obreras— ejercen el poder en ese ámbito, porque son ellas quienes distribuyen las actividades y organizan el nuevo curso de la vida dentro del hogar. Infiero que ello contribuye a diluir algunas fronteras entre lo público y lo privado. De este modo, una observación metodológica practicada en las investigaciones concretas sirve de «inspiración» a elaboraciones teóricas como la relacionada con lo público y lo privado.

En la investigación observé también que las mujeres descubrían elementos de autoestima por el hecho de ejecutar un trabajo pesado. Ellas verbalizaban así esta sensación, cuyo significado más profundo es aun inconsciente para ellas: «Yo sí puedo hacer cualquier cosa»; o: «A mí no me vengas con eso de que él trabaja mucho, y siempre llega cansado a la casa». Muchos vecinos, parientes o compañeros de la granja manifestaban cierto reconocimiento social hacia estas obreras cuando comentaban que «las mujeres de la carreta trabajan igual que los hombres». Esto también alienta la autoestima femenina, y es algo solamente apreciable en lo cotidiano.

Segunda proposición

La realidad hay que entenderla en su riquísima diversidad. Esta es otra verdad científica. Pero al ejecutarla, los investigadores lo hacemos con una regularidad aburridísima. Distribuimos a las personas según el sexo, las edades (casi siempre siguiendo las categorías censales, que no coinciden con los grupos

generacionales, los ingresos, las zonas urbanas o rurales de residencia, su estado civil, etc.).

La investigación debe ser capaz de captar qué significa entender a las mujeres que estudia, tal como son y cómo piensan de sí mismas y de la sociedad; así como contextualizar estas acciones en las realidades que ellas han vivido, captando la diversidad que las mujeres estudiadas han experimentado al vivir sus vidas. Es preciso reconocer las diferencias generacionales, de raza, género, y clase; comprenderlas de acuerdo con los tipos de familias donde han crecido y madurado; conocer las zonas geográficas donde transcurrieron las distintas etapas de sus vidas; y muchas otras especificidades.

Esto conduce a reafirmar lo necesario de ser muy creadores en la gestión investigativa, para ser capaces de operacionalizar sus problemas y tareas en sus manifestaciones cotidianas.

Respetar la diversidad en los estudios comparativos entre países, produce resultados aún más creadores, porque promueve mucho el pensar heurístico.

Tercera proposición

Sugiero pensar en una regla de Pierre Bourdieu.² Se trata de practicar la vigilancia epistemológica y esquivar la llamada «ilusión de transparencia». Así denomina este autor el error de aceptar como válidas las respuestas de las personas estudiadas, sin contextualizarlas sociológicamente.

Cuando ellas cuentan sus vidas, uno tiene que intentar separar lo fantasioso de lo real. Para esto, las historias de vida tienen sus técnicas, sobre todo la que aconseja confrontar a los informantes con las diferentes versiones de los hechos vividos por ellos, y que han contado a la entrevistadora. Sugiero ejercitar esta vigilancia epistemológica, al menos en lo referido a la ilusión de transparencia, cuando miramos y anotamos sus reacciones al responder a las preguntas, y al observarlas prolongadamente en el entorno de sus familias, sus comunidades y sus trabajos.

Propongo igualmente comparar los resultados de los estudios de caso sobre mujeres con los comportamientos de la sociedad en que viven, de acuerdo con los datos demográficos macrosociales, así como con hallazgos más cualitativos en otras investigaciones realizadas con grupos similares.

Cuarta proposición

Es preciso acercarse a las realidades de las mujeres tal como son, y evitar imponerles nuestras ideologías, incluida la de género. Hay que evitar que predomine la voz investigadora.

La investigación debe ser capaz de captar qué significa entender a las mujeres que estudia, tal como son y cómo piensan de sí mismas y de la sociedad; así como contextualizar estas acciones en las realidades que ellas han vivido, captando la diversidad que las mujeres estudiadas han experimentado al vivir sus vidas.

Recuerdo mi error cuando fantaseé con el sobrenombre de las «Candiñas». Cuando mencioné por primera vez en Guanímar que trabajaría con estas mujeres, me preguntaron, ¿con las *Candiñas*? Candiña era un personaje de la telenovela brasileña *Doña Beija*, muy famosa en Cuba unos años atrás. Era la dueña de un prostíbulo, y la presentaban como un personaje muy poderoso.

Pensé que ese nombre se lo habían puesto en el pueblo para burlarse de ellas. Pero resultó que ellas mismas se bautizaron así. Confronté con algunas el porqué, y me dijeron que lo habían decidido «por el bonche»; o «para que sepan quiénes somos». También alegaron que «en la novela esas mujeres siempre andaban juntas». Un último argumento fue «porque eran las únicas mujeres que trabajaban en la novela».

¿Reto? ¿Necesidad de diferenciarse de las demás y de identificarse con un personaje fuerte? Caben muchas reflexiones, no solo para desentrañar las ideaciones de sí mismas, sino para comprobar cómo los investigadores imponemos nuestras formas de pensar el mundo a otras personas.

El investigador debe emplear métodos y técnicas para que tanto él como quienes estudia, identifiquen sus propias necesidades y busquen sus soluciones. Los sociólogos, por su parte, tienen que evitar imponer sus necesidades y sus soluciones a los investigadores.

No propongo eliminar las subjetividades de quienes estudian y de quienes son estudiados, sino de incorporarlas a la investigación. Esto es, transformar las subjetividades de unos y otros en objetos por desentrañar en sus porqués, y a considerarlas como motores impulsores del quehacer investigativo. En estas subjetividades están los intereses de todos, qué quieren mostrar y qué desean transformar, así como las vías para encontrar las causas de los problemas que les preocupan, y proponer cómo resolverlos.

La primera ayuda que me solicitaron las obreras agrícolas mientras las estudiaba, fue canalizarles el acceso a asesores legales, fuera del municipio donde residían. Una pidió aclarar sus derechos a recuperar la patria potestad sobre su hija; una viuda que no había legalizado su unión matrimonial indagaba acerca de la herencia

de los bienes; otra deseaba conocer cómo se podía realizar una acusación, por violación a su hija.

No me imaginé que fuera así. Más bien pensaba —quizás no tanto por mis investigaciones anteriores, sino influida por lo que leía en trabajos de estudiosas de otros países—, que las obreras no percibían cuánto eran discriminadas.

Resultó que esto último lo advertían con más claridad de la que yo imaginaba, y con vías concretas para solucionarlo; aunque no afirmo que comprendieran totalmente todos los matices de discriminación en sus vidas.

Una de las vías que empleé para reconocer cuáles eran mis necesidades y cuáles las de ellas, fue anotar en el diario de observación lo que veía, lo que ellas sentían o, al menos, cómo yo percibía sus estados de ánimo. Anotaba también mis impresiones: lo que me había conmovido, el porqué; con cuál vivencia, mía o de ellas, relacionaba estas impresiones.

En esta investigación, y en otras,³ me ayudó explicarles quién soy, cómo es mi familia, dónde trabajo, y cuánto gano; les digo dónde nací, cómo crecí, cuáles son mis vergüenzas, etc. Converso con naturalidad sobre todo lo que surja en los diálogos que entablamos en el surco, en los viajes de la carreta, durante los recesos, o haciendo la cola de la bodega. En resumen, hablaba sobre mí cuando ellas, y no yo, lo consideraban oportuno para no provocarme situaciones embarazosas.

Quinta proposición

El investigador debe dedicar tiempo a pensar sobre su función a todo lo largo del estudio. Ante todo, debe hurgar en su subjetividad como investigador. Para realizarlo es preciso buscar espacios, desde que se formula el programa de la investigación hasta que se escribe el informe final, para observar y autoobservarse; para pensar en cómo va estudiando, cuáles son los hallazgos, y qué va sintiendo. El investigador tiene que reflexionar sobre las responsabilidades que él mismo crea, así como sobre las angustias y satisfacciones que esto genera.

Lo anterior sucede invariablemente cuando se practica la investigación-acción.

Sexta proposición

Quien investiga tiene que controlar las inevitables relaciones de poder entre él y las personas investigadas.

Estas relaciones aparecen de formas distintas, y quien investiga debe identificarlas para examinarlas críticamente. En mi caso, han aparecido como dependencia hacia mí de las mujeres estudiadas, en cuanto a resolverles los problemas que la investigación saca a la luz.

Para intentar disminuirla, he utilizado algunas técnicas participativas. Por ejemplo, las mujeres tomaron parte en la definición del problema de estudio; discutieron los informes parciales, y con sus ideas contribuyeron a modificarlos. En cuanto a las soluciones, ayudan a deslindar cuáles están a su alcance, en tanto individuos o grupo, y cuáles no dependen directamente de sus decisiones.

Cuando estas obreras han pensado en grupos las soluciones, han mostrado mucho realismo y un sentido de «representación» de las voces del resto de los miembros de su colectivo laboral, de su pueblo o de su familia. Sobre todo, su realismo les ha permitido discernir lo realizable inmediatamente, de aquello que requiere más tiempo, y cuya decisión no está al alcance de sus manos.

Séptima proposición

Es preciso incorporar la historicidad al proceso de estudio, en el sentido de que lo estudiado también tiene explicaciones en la historia, y que el presente tiene su futuro. Hacerlo ayuda a explicar las transformaciones ocurridas en el ámbito de la sociedad-nación hasta el momento investigado. Permite desentrañar con más objetividad, con más informaciones y con el sentido de la lógica, cuestiones como las diferencias entre generaciones, los asuntos relacionados con las razas, las clases sociales y entender qué significa ser mujer y ser hombre en cada época.

Ello es imprescindible para aprehender cualquier objeto de estudio sociológico.

Incorporar la historicidad para analizar el presente contribuye a trascender lo coyuntural, a no perderse en el instante, cuestión tan importante ahora en Cuba, cuando las angustias por las carencias de todos los días nos hacen pensar solo en el presente. Estas angustias, por hundirse en lo coyuntural, están provocadas muchas veces —además de por su sustrato real en las insuficiencias materiales—, por el hecho de que las

personas piensan que es la primera vez que esta situación sucede en el mundo, y «que de este hueco no saldremos».

Por eso es necesario que los investigadores enfrentemos el contexto presente como un proceso que produce reacciones subjetivas en investigadores e investigados; conocer cuál ha sido el proyecto socialista que ha dominado la sociedad, qué situación lo antecedió, y ser capaces de predecir qué podría suceder en el futuro.

Sugiero hacerlo sin renunciar a nuestras ideologías, sino reconociéndolas como parte de nuestras subjetividades, e incorporar a este reconocimiento nuestras fantasías y deseos. Pensar, además, que la situación actual cubana tiene sus propias peculiaridades en su relación con su historia y la de otros países, posiblemente irrepetibles.

Octava proposición

Cualquier científico social que analice su realidad tiene que hacerlo obligadamente con un enfoque de género.

Sería un error científico tratar de explicar el desarrollo cubano en los años de la Revolución sin esa aproximación. Por ejemplo, nunca podría explicarse lo sucedido en la fuerza de trabajo de estos años si no se analizan hechos como los siguientes:

- Desde 1978 la mujer representa más del 50% de la fuerza de trabajo profesional y técnica del país. En 1999, el 66%.
- La mujer se incorporó a la fuerza de trabajo de manera estable, ascendente y sin retrocesos desde 1970 hasta 1991. En los 90 hubo leves oscilaciones.⁴
- La proporción de las mujeres en la categoría de los dirigentes subió hasta un 28,8% en 1996.⁵
- Los códigos laborales de todos estos años recogen las necesidades de las trabajadoras, y se han modificado, en parte, cuando estas necesidades han cambiado, mientras que en otros casos no las han contemplado.

La legislación laboral cubana sobre la mujer es una de las más avanzadas en el mundo, y creo que en ello han influido las acciones de las mujeres juristas. Esta es una prueba de la imposibilidad de obviar un enfoque de género.

Novena proposición

Una sugerencia para asumir el enfoque de género en las investigaciones sociológicas es emplear los conceptos y procedimientos que han utilizado estudiosos cubanos del tema de la mujer y los

empleados por científicos sociales de otros países en los que abunda la bibliografía con este tipo de aproximación. Los marcos conceptuales y los procedimientos hay que asumirlos de manera flexible y crítica, para adaptarlos a nuestras realidades.

Esto lleva a otra proposición: la de emprender estudios comparativos con lo que sucede en otros países, para aprovechar lo heurístico de los contrastes.

En mi investigación sobre las obreras agrícolas usé esta posibilidad varias veces. Para el estudio de las guanimeras me sirvió la idea de la «revolución detenida» (*stalled revolution*) de la norteamericana Arlie Hirschfeld.⁶ Usé también la conclusión de la brasileña María Aparecida Morais sobre la sumisión de los *boais frias* a sus patronos.⁷ Y desde el inicio de mi trabajo he tenido presente los trabajos de Mary García Castro acerca de ser mujer y ser clase social.⁸

Décima proposición

El proceso de la investigación sobre mujeres, la discusión del informe final y la implementación de sus resultados pueden y deben convertirse en un medio de concientizar a las investigadoras, en tanto mujeres. Así lo han practicado durante años el Centro de Investigaciones para la Acción Femenina (CIPAF) de República Dominicana, el Centro Flora Tristán de Perú, el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) de Chile, el Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer (PIEM) de México, y muchas otras instituciones similares en América Latina. Las relaciones entre las académicas y las activistas sociales de los Estados Unidos y Canadá es otra experiencia extensa e interesante para utilizar lo que ellas llaman *consciousness raising*.

Insisto en que se trata de un aprendizaje mutuo, porque ambas partes de la investigación intercambian conocimientos sobre las mujeres. Es hora de que los autores de textos sobre la investigación-acción y la investigación participativa incorporen los aportes de los estudios de las mujeres por mujeres.

Oncena proposición

La interdisciplinariedad es un requisito para estudiar las relaciones de género, como sucede en todo estudio moderno.

En el caso cubano, hay que aprovechar al máximo las facilidades que tenemos las profesionales de la investigación para intercambiar conocimientos entre diferentes Facultades, centros de educación superior y especialistas de otras entidades no académicas que

tratan el tema de la mujer. Menciono como ejemplos las sesiones de la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana y las actividades de las Facultades de esta Universidad; los seminarios convocados por la Federación de Mujeres Cubanas, la Unión de Juristas de Cuba, la Casa de las Américas, la Unión de Periodistas de Cuba, el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, etc.

He aprendido mucho de la interdisciplinariedad cuando he trabajado con periodistas, cineastas, filólogas, artistas, psicólogas, demógrafas, médicas: cada una ha ejercido su especialidad y ha aprendido de las otras.

No creo ser demasiado sectaria cuando afirmo que la interdisciplinariedad entre mujeres es más fácil que la que ocurre en colectivos profesionales de ambos sexos. En el caso de Cuba, por el alto porcentaje de mujeres entre los profesionales y técnicos, cada vez será más numerosa la presencia femenina en esos colectivos. Y en muchos casos será —es ya—, mayoritaria. Seguramente influirá en propiciar la interdisciplinariedad.

La idea es esta: algo tan complejo como investigar las relaciones de género requiere una aproximación enriquecida por los aportes de todas las ciencias sociales y humanísticas. Se trata de que los estudiosos de cada una de estas disciplinas usen sus conocimientos y los que fluyan de otras especialidades para desentrañar la enorme diversidad de experiencias que viven mujeres y hombres en sus relaciones sociales.

Duodécima proposición

Aconsejo emplear la multitécnica, y arriesgarse a combinar los métodos cualitativos con los cuantitativos, reconocer los consejos de la estadística, pero también cuestionar algunas de sus imposiciones. Basándome en el punto de la interdisciplinariedad, estimo que el sociólogo debe conceder importancia a lo numérico y a lo puramente cualitativo —incluido lo emocional— que promueven las técnicas sociológicas básicas: el cuestionario, la entrevista, el análisis de contenido, la historia de vida, la observación.

Hay que aprovechar la posibilidad de usar varias técnicas —y, por ende, varias fuentes de ideas—, para atrapar la subjetividad repetida, generalizada, las ideas colectivas con toda su carga de ideaciones, ilusiones, deseos y conocimientos. Con esto no niego lo que afirmé sobre controlar la «ilusión de transparencia», sino que reafirmo el valor cognoscitivo de la subjetividad, y propongo usar la multitécnica para reconstruir esta subjetividad lo más fielmente posible.

La legislación laboral cubana sobre la mujer es una de las más avanzadas en el mundo, y creo que en ello han influido las acciones de las mujeres juristas. Esta es una prueba de la imposibilidad de obviar un enfoque de género.

Décimotercera proposición

Quiénes trabajamos con las ideologías afrontamos un dilema cuando redactamos el informe final. ¿Qué lugar otorgamos a las personas que entrevistamos en este informe? ¿Cómo lograr que sus voces representen las manifestaciones de mujeres similares a ellas? Y una interrogante que apareció en la cuarta proposición sobre la imposición de las ideaciones de los investigadores: ¿cómo evitar que sea mi voz la que predomine?

Cuando el estudioso redacte el texto, tiene que identificar y diferenciar perfectamente los puntos de vista suyos, los de las investigadas y los de las personas consultadas, así como los que aparecen en los documentos que estudió.

También ayuda interrogarnos constantemente sobre los contenidos que escribimos y la forma en que los redactamos. Puede ser útil someter el texto al juicio de personas parecidas a los receptores ideales del trabajo, e incorporar sus observaciones en cuanto a las representaciones del investigador y de los investigados.

Una etnopsicoanalista suiza me sugirió integrar al proceso de investigación a un psicólogo y, mejor aún, a un etnopsicoanalista. Estaría fuera de la práctica concreta de la investigación, y su función sería observar permanentemente las relaciones entre investigadores e investigados, y de los investigadores entre sí, para evaluar esas relaciones y su influencia en el quehacer del estudio.

Décimocuarta proposición

Quien investiga debe reconocer el costo científico, político y emocional que debe pagar la persona que estudia a la mujer y su entorno, ya sea el laboral, el familiar, el comunitario o el de todo el país. El sociólogo tiene que asumir la responsabilidad que esto implica, por ejemplo, en las relaciones entre dirigentes y dirigidos.

Cuando me he propuesto investigar sobre la mujer, invariablemente me he zambullido en las problemáticas más generales de los espacios sociales donde viven. Así sucedió en los estudios con las textileras que realicé con la Federación de Mujeres Cubanas y con la antropóloga Helen Safa, en el tejar Angel Guerra;⁹ en este de las obreras agrícolas, y en uno posterior que realicé sobre

la imagen de la mujer para la revista *Soly Son*, de Cubana de Aviación.

Décimoquinta proposición.

Las mujeres que estudiamos a las mujeres deberíamos intentar, sin miedo a los antropólogos, etnólogos y escritores, reconstruir historias de vida colectivas en las que se incluyan los testimonios de las investigadoras y de las investigadas. Sería un testimonio colectivo muy sociológico, porque se basaría en hechos reales, incorporaría también las vivencias de las investigadoras, el papel de esta última sería construir, quizás, una sola vida a partir de muchas historias, para intentar explicar sociológicamente las muchas interrogantes sobre los comportamientos y las ideologías de estas mujeres.

Tenemos que procurar transmitir los sentimientos, las pasiones de aquellas a quienes investigamos, así como los ámbitos en que viven y las situaciones por las que atraviesan.

Lograrlo exige que nos preparemos para observar atentamente lo que sucede alrededor de las personas que investigamos, requiere mirar qué hace cada una de ellas ante un suceso, y hallar las acciones que provocaron emociones en estas personas, y en nosotros. Hay que tratar de que el lector viva las situaciones con las mismas impresiones que causaron a los investigadores y a los investigados.

Décimosexta proposición

A la mujer empleada la han comparado mucho —al menos en la mayoría de los estudios que conozco— con los comportamientos de los hombres trabajadores; por ejemplo, acerca de las habilidades generadas en las trabajadoras cuando asumen la doble jornada.

Pero quedan varias interrogantes que solo pueden responderse totalmente al comparar a las mujeres entre sí, y, por supuesto, también en sus relaciones con los hombres.

Algunas preguntas interesantes serían: ¿de dónde sacan las mujeres trabajadoras las habilidades para

tomar decisiones en las distintas esferas de sus vidas? ¿las mujeres trabajadoras de todas las generaciones desean mantener o no el poder en el ámbito de lo doméstico? ¿Esto varía en las mujeres de una segunda o tercera generación de trabajadoras en la línea materna? ¿Por qué? ¿Aspiran a otras esferas de poder en la vida pública, y lo doméstico les entorpece obtenerlo?

Otra interrogante sería, ¿quiénes deciden el número de hijos que tendrá cada mujer? La pregunta es importante, sobre todo, en el caso de mujeres con varias uniones consensuales, para conocer si en ellas funciona la fantasía de que al hombre «lo amarra un hijo».

Otro problema que indagar sería si hay expresiones de poder —en lo íntimo y en lo público— en los chistes «fuertes», con alto contenido erótico, que suelen hacer muchas obreras con sus colegas en el trabajo.

Sería sugestivo vincular estas comparaciones entre mujeres y también entre diferentes géneros, con las interrogantes de las relaciones de poder entre sexos. He aquí un ejemplo más de cómo lo minúsculo genera ideas para formulaciones teóricas solamente después de un arduo proceso de análisis, confrontación y síntesis.

Por supuesto, sería vital seguir la recomendación metódica de practicar más la comparación entre mujeres (y no solo con los hombres), para continuar respondiendo a las preguntas ¿a qué igualdad aspiran las mujeres?, ¿de qué igualdad hablan las investigadoras?, ¿se trata de reforzar las igualdades con los hombres o de ponderar las diferencias?, ¿habría que buscar un equilibrio entre ambas cosas?

Notas

1. Véase Marta Núñez, *Las mujeres de la carreta*, capítulo IV (inédito).
2. Pierre Bourdieu, *El oficio del sociólogo*, Escuela Latinoamericana de Sociología, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago de Chile, 1969.
3. Véase Marta Núñez, *Mujeres en empleos no tradicionales*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
4. Datos ofrecidos por el Ministerio del Trabajo y de Seguridad Social de Cuba, 1996; «Primera conferencia regional de seguimiento de la Cumbre sobre desarrollo social», *Cuba. Informe Nacional*, São Paulo, Brasil, 1997.
5. Federación de Mujeres Cubanas, *Las mujeres cubanas: participantes y beneficiarias del desarrollo sustentable y equitativo*, La Habana, 1997.
6. Arlie Horchschild, *The Second Shift*, Avon Books, Nueva York, 1989.
7. María Aparecida Morais, «Conferencia en el Equipo de Investigaciones sobre el Desarrollo», Universidad de La Habana, 1991.
8. Mary García Castro, «Relações sociais de classe e de sexo», en *Presença de mulher*, Salvador de Bahía, abril-junio de 1990.
9. Marta Núñez, *Mujeres en empleos no tradicionales*, ob. cit.

© TEMAS, 2000.